

JAVIER SANCHEZ

PROYDE (ONG). Madrid

«Yo creo que está en nuestras manos el erradicar la pobreza o dejar que la globalización, que genera pobreza y exclusión, progrese. No en las manos de los gobiernos y de los gobernantes, sino en las de los hombres y mujeres anónimos que componemos las sociedades. Esa es mi esperanza»

1.

Tres son las esperanzas que albergo para el próximo siglo: que sea el siglo de la erradicación de la pobreza en el mundo; que sea el siglo en el que construyamos las estructuras sociales y de convivencia que sostengan sólidamente un mundo de paz; que sea el siglo de la unión de los cristianos y del acercamiento sincero desde el respeto y la tolerancia a las otras religiones.

Estas tres esperanzas en mi opinión, tienen su amenaza, su desesperanza, que las acecha. Son como las dos caras de la misma moneda, y lo realmente hermoso, y por qué no, lo verdaderamente esperanzador, es que de nosotros depende de qué lado caiga y se asiente la moneda en el mundo.

La erradicación de la pobreza

Así enunciada, esta esperanza parece una utopía. Sin embargo, no es tal. Se trata de una situación perfectamente alcanzable por la humanidad en el nivel de desarrollo en que nos encontramos y precisamente fruto de ese mismo desarrollo. Por decirlo en palabras de alguien seguramente más

autorizado, el Director Adjunto del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD), Jean Fabre, afirmaba en diciembre pasado que *"Somos la primera generación en la Historia que tiene la capacidad y los recursos para acabar con la pobreza"*. Ahí es nada. El nuevo siglo que se abre ante nosotros puede ser aquél en el que pongamos remedio al mayor problema de nuestro mundo. Citando de nuevo al Director Adjunto del PNUD: *"El problema más importante de nuestra época lo constituyen la pobreza y las disparidades crecientes, porque son el hilo rojo que une los demás problemas: el paro, el medioambiente, los recursos, la salud"*.

Podemos hacer de este año jubilar que comienza, un *siglo jubilar*. La erradicación de la pobreza será sin duda una Buena Noticia para miles de millones de hombres, será la libertad de muchos cautivos y oprimidos, y la curación de millones de enfermos. Creyentes y no creyentes de todo el mundo, ya están trabajando en pos de convertir esta esperanza en realidad. Un hito fundamental en ese largo camino será sin duda la condonación de la Deuda Externa de los países empobrecidos, de la que ya estamos viviendo los primeros logros.

Pero, hoy por hoy, no podemos ocultar los terribles hechos: cada tres segundos muere un niño por causa de la pobreza y cada día hay 65.000 nuevos pobres. Es la otra cara de la moneda de que antes hablaba. El fenómeno de la "Globalización", es decir, las relaciones socioeconómicas imperantes basadas en el libre mercado y la obtención del lucro.

Yo creo que está en nuestras manos el erradicar la pobreza o dejar que la globalización que genera pobreza y exclusión progrese. No en las manos de los gobiernos y de los gobernantes, sino en las de los hombres y mujeres anónimos que componemos las sociedades. Esa es mi esperanza.

La construcción de la paz

Este es sin duda un anhelo del hombre desde antiguo. Muchos son los esfuerzos que ha concitado y de muchos hombres a lo largo de la Historia. Sin embargo, nunca como ahora. Hemos vivido sin duda un siglo plagado de conflictos bélicos y situaciones de violencia, para muchos quizá el más cruento, irracional y violento de la Historia. En mi opinión, estos hechos han sido decisivos para acrecentar nuestro anhelo natural de paz. Así, en el final del siglo hemos asistido al inicio de importantes iniciativas de paz en conflictos enquistados: El Salvador, Guatemala, Palestina, Timor, Irlanda... y con alegría debo decir que, en mi opinión, la Iglesia, no sólo no ha sido ajena a estas iniciativas, sino que se ha convertido en promotora reconocida mundialmente de la paz, a través de una doble actitud: la denuncia sistemática de la violencia, de la guerra y de las injusticias estructurales que las provocan, y siendo protagonista de gestos concretos de reconocimiento de culpa y reconciliación.

Llegamos así a este año 2000, declarado como año mundial de la PAZ. Pareciera que en este año "redondo", la humanidad se propusiera hacer borrón y cuenta nueva... ¿Y por qué no?, me pregunto. Si quizá el principal factor desestabilizador de la paz y potencial generador de violencia es la pobreza y las injusticias que la generan, si centramos nuestros esfuerzos en erradicarla, ¿no estaremos construyendo a la vez sólidos cimientos para la paz?

Porque, ¿dónde se localizan la práctica totalidad de las guerras, declaradas o no, de los conflictos sociales violentos? Argelia, Sudán, Somalia, Eritrea, Etiopía, Angola, Sierra Leona, Guinea-Bissau, la región de los Grandes Lagos, Territorios Saharauis, Líbano, Asia Central, Myanmar, Camboya, Indonesia, Pakistán, India, Sri Lanka, Méjico, Colombia, Brasil...

Hace ya tiempo que analistas, estudiosos y economistas, de los llamados "comprometidos", establecieron la conexión entre pobreza y violencia,

alertándonos sobre el "negocio" y la utilización lucrativa, de las hambrunas, de los desplazados, refugiados y como no, del negocio armamentístico. Es la otra cara de la moneda.

Sin embargo, yo tengo la esperanza de que puede ser el siglo de la paz. Construida entre todos. Fruto que ha de producir un mundo donde el reparto de los bienes sea equilibrado y donde hayamos erradicado la pobreza.

La Unión de los Cristianos y la convivencia armoniosa con las otras religiones:

Esta esperanza tiene en su formulación dos partes bien diferentes, especialmente porque yo creo que los puntos de partida son bien distintos.

La primera, la unión de los cristianos, parte en el año 2000 desde una salida lanzada. Se han dado en los últimos años pasos significativos y recogemos el testigo ya en carrera. Sí, se puede retroceder, y supongo que como en todo proceso de acercamiento entre hombres, retrocederemos. Pero seguro que si seguimos empeñados con sinceridad en unirnos, por encima de protagonismos, de ventajas coyunturales, lo conseguiremos.

Creo sinceramente que para todos, católicos, ortodoxos, protestantes es una necesidad. Lograrlo, será en mi opinión, fundamental para alcanzar también la convivencia en armonía con las otras religiones, segunda parte de la esperanza enunciada.

En ésta, el punto de partida está bastante más alejado de la meta. Para ilustrar la situación actual, basta recordar dos hechos recientes: la intervención en el Sínodo para Europa del obispo de Smirna (Cristianismo-Islamismo) y la última visita del Papa Juan Pablo II a la India (Cristianismo-Hinduismo).

Verdaderamente será difícil, pero es cuestión esencial lograrlo. La amenaza, la otra cara de la moneda es sin duda la intolerancia, el fanatismo y éste, que está en unos y otros, sólo se disipa con el amor.

2.

Mis esperanzas en orden a una nueva evangelización, son que la Iglesia, los creyentes, seamos fermento, levadura en la sociedad en que vivimos, capaces de convocar, de atraer, de movilizar con nuestro modo de vivir y actuar en el día a día.

Que las organizaciones de Iglesia y los que trabajamos en ellas, seamos cauce e instrumento para la erradicación de la pobreza y para la diseminación de los valores de la concordia y la tolerancia.

Y que adoptemos en nuestro trabajo y en nuestra vida, una decidida actitud de servicio aprendiendo de los pobres, nuestra razón de ser, y de los diferentes.

3.

Mis sugerencias son dos. Una es para los individuos y la otra para las organizaciones:

1^a) que cada persona busque, se informe y se integre finalmente en una organización, en un proyecto donde se trabaje por construir el Reino, su justicia, su paz (hay muchas organizaciones que, con sus luces y sus sombras, ya están en la tarea y a las que uno puede vincularse). Desde el convencimiento de que nada de lo humano me es ajeno y de que mi gota, con muchas gotas, hace el océano.

2ª) que las organizaciones, especialmente las de Iglesia, nos unamos. Que formemos Redes de Solidaridad. Que abandonemos nuestros protagonismos y colaboremos. Que de verdad nos sumemos a propuestas y proyectos de otros, sin reticencias y con voluntad de servicio a la misión.

Finalmente, creo que hay dos claves para hacer realidad las esperanzas que se enuncian en esta reflexión y para llevar adelante estas sugerencias: la educación y la sensibilización.

Para erradicar la pobreza, para ser fermento y levadura en la sociedad y para formar Redes de Solidaridad, la sensibilización es clave. La motivación de alguien que ha experimentado, que vive estas situaciones, es fundamental para que otros se animen a vivirlas en plenitud.

Para construir la paz y no fiar la solución de los problemas individuales y colectivos en la violencia, para propiciar la tolerancia y no ser intolerante o fanático, para ser cauce e instrumento de la erradicación de la pobreza, de la concordia, para aprender del pobre y del diferente y trabajar con actitud de servicio y para comprometerse en proyectos y organizaciones, para mí es clave la educación.